

GEDEON ES EL PERIÓDICO DE MENOS CIRCULACIÓN DE ESPAÑA

# GEDEÓN

DIPUTADO A CORTES POR MADRID

SEMANARIO SATÍRICO

SE PUBLICA LOS JUEVES

DIEZ CÉNTIMOS el número

ADMINISTRACIÓN

Costanilla de los Angeles, 1

TELÉFONO 1.125

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

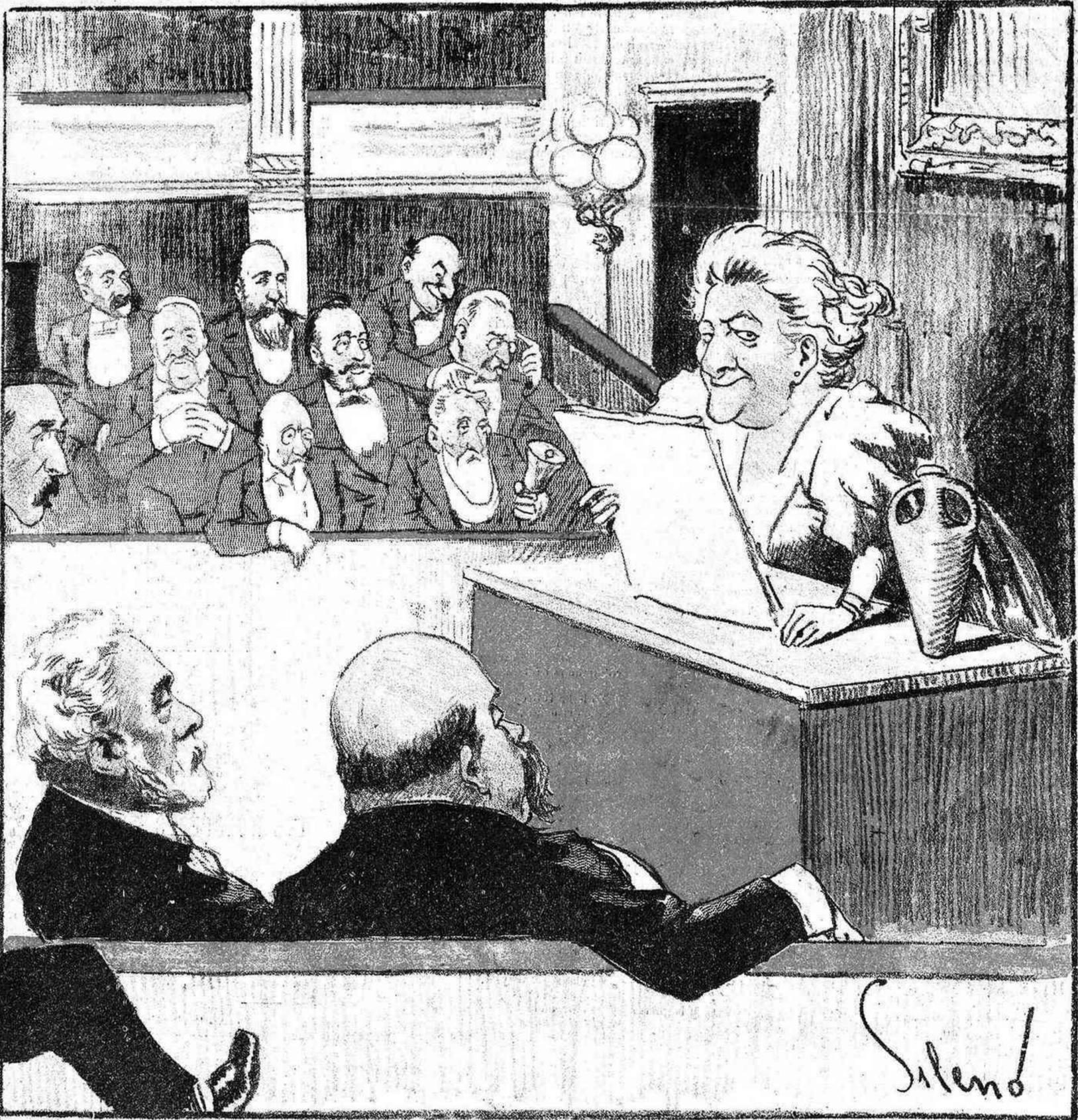
Madrid, trimestre.....	1,50 pesetas.
Año.....	6 »
Provincias y Portugal, trimestre..	2 »
Año.....	8 »
Número suelto.....	0,25 »
25 ejemplares.....	1,50 »

AÑO II.

Madrid 14 de Mayo de 1896.

NÚM. 27.

RECEPCIÓN EN LA ACADEMIA DE LA LENGUA  
(DISTRITO DEL CONGRESO)



Let. de M. Batista, Jesús del Valle, 36.

EL DISCURSO ACADÉMICO

LOS JUEVES DE GEDEÓN

«¡Quiera Dios fecundar vuestras tareas!»  
 —Estás hablando en verso, Gedeón?  
 —Estoy leyendo, Calinez, el último párrafo del discurso de la Corona.  
 —Siempre te creí valiente, pero jamás imaginé que tu valor te arrastrara a tales extremos.  
 —¿A cuáles, Calinez?  
 —A los del citado discurso. ¿Cómo pudiste llegar hasta el párrafo que empieza con el endecasílabo fecundador?  
 —¿Cómo? No leyendo ninguno de los párrafos anteriores.  
 —¿Y de esa manera cumples, Gedeón, tus deberes de diputado de la mayoría?  
 —De ese modo correspondo, Calinez, a las exigencias de la más estricta disciplina. Nuestros jefes no saben escribir, ¿qué menos hemos de hacer sus subordinados, que no saben leer?  
 —Y dime, Gedeón, ¿cómo se fecundarán las tareas de los diputados?  
 —Cierto que no sé qué responderte, porque á esos se les llama padres de la patria. Si se les llamara madres, todavía era posible que el endecasílabo tuviera alguna defensa, pero...  
 —No; si lo que tienes que decirme no es cómo se fecundan los diputados, que eso en pasando por la casa de la Villa está hecho, sino cómo se fecundan las tareas parlamentarias.  
 —¡Ea, Calinez, preguntásete á Pidal, que es el amo de la campanilla.  
 —¿Y por qué no al marqués del Pazo de la Merced, que tiene otra?  
 —Porque la del Senado nunca suena tanto.  
 —En fin, Gedeón, ¿tú eres ó no diputado de la mayoría?  
 —Me ofende tal pregunta, Calinez. Soy compañero de Gálvez Holguín, con mucha honra.  
 —Haces bien en asegurarlo. Pues ya que te confiesas chico del montón, trágate este parrafito:  
 «No habreis olvidado aquellos días, en esperanzas tan ricas, de Febrero y Marzo del año anterior cuando ambos Cuerpos Colegisladores aprobaron una ley de Bases para reconstituir la administración local de Cuba y Puerto Rico.»—Ya tú ves, Gedeón, que en este párrafo todo es rico; los días, el puerto, la gramática y el idioma. Pero sigo leyendo: «En 21 del mismo mes de Febrero, cuando en la alta Cámara no estaba empezada todavía la discusión (las discusiones, para Morlesin, se empiezan como los quesos) descubrió ya el gobernador general evidentes síntomas de rebelión, y tamaños, que tres días más tarde le obligaron á poner en vigor la ley de Orden público.»—¿Qué tamaños, Gedeón! Parece que está un viendo á Castellano y Tejada!—«Ya era hora en verdad—sigue diciendo D. Atanasio—porque entre el 25 y el 26 siguientes señalaronse fuerzas rebeldes en varias partes...»—Y al llegar aquí, quiero que me expliques ¡oh, mi excelente amigo, qué hora era en verdad aquella durante la cual se señalaron esas fuerzas rebeldes entre los días 25 y 26, porque ello debió de ser al mediar la noche del 25, pero antes de que sonara la una del 26. Bien es verdad que más adelante asegura Morlesin que los caudillos de los rebeldes eran «principalmente extranjeros ú hombres de color.» y siendo así, nada tiene de particular que se señalaran entre dos días. Sin duda pensaron: «Nos señalamos entre el 25 y el 26, y dirán que somos ú extranjeros ú hombres de color.» y se han salido con la suya.  
 —Siempre fué atrevida la ignorancia, Calinez.  
 —¿Por quien lo dices, Gedeón?  
 —Por tí lo digo. Atribuyes el discurso de la Corona á Morlesin, y es obra del propio D. Antonio. Hubieraslo atribuido á Amanuel y todavía la cosa tendría disculpa. Por lo demás, no sé cómo te atreves á criticar un discurso que al mismo Silvela le ha parecido lleno de trops y flores.  
 —¿A que todavía resulta su autor el conde de Montarco!  
 —Y ha dicho más Silvela; ha dicho que su lectura produce la misma impresión que el ver á las melancólicas horas de la tarde una intrincada selva vizcaína.  
 —Será por las concordancias, Gedeón?  
 —Y cuando un hombre tan acostumbrado á las selvas intrincadas como D. Francisco dice eso, por algo debe de ser. Conque no me toques más el discurso, y hablemos de otra cosa. ¿No has notado, Calinez, que entre nosotros los diputados de la mayoría reina verdadero entusiasmo?  
 —No lo había notado, Gedeón. Lo que me produce una gran extrañeza es que ahora todas las desgracias concluyen en un pozo. La mujer de Leganés, la de la calle de García de Paredes; todas las víctimas actuales son encontradas en el fondo de un pozo. Pues bien, Gedeón, ¿hay pozo en la Presidencia?  
 —¿Por qué lo preguntas, Calinez?  
 —Porque la noche de la reunión de las mayorías me pareció que D. Antonio hablaba desde el fondo de un pozo.  
 —¿Cielos! ¿de un Pozo-rubio?  
 —No vi el color, pero tiraba á silvelista.  
 —Luego á tí te pareció...  
 —A mí me pareció que D. Antonio hablaba como he dicho, tristemente desde esas profundidades,

y que los chicos de la mayoría, asomándose compungidos al brocal, le decían: ¡salga usted, D. Antonio! y él contestaba:  
 Aunque lo intente, como veis, no puedo.  
 ¡Quiera Dios fecundar vuestras tareas!  
 —Pero ¿sois son versos, Calinez, y Cánovas no los haría desde el fondo de un pozo.  
 —Nunca los ha hecho de otra manera, Gedeón.  
 —¿Ay! cómo me entristeces, Calinez, con esas imaginaciones tuyas. Yo también tengo que contarte algo misterioso y extraño, pero júrame que no se lo referirás á Sagasta.  
 —Te lo juro, Gedeón, y además sería inútil, porque D. Práxedes está actualmente muy preocupado.  
 —¿Pues qué le sucede?  
 —Que van á subir la contribución de los talleres de plancha. Pero cuenta, soy todo oídos.  
 —Pues verás; la otra noche, á cosa de las diez, pasaba yo por el campo de las Vistillas. Este estaba desierto. De pronto desembocó en él un simón. Párase en firme, el auriga se apea del pescante, y se pone á hablar con el caballo. Le reconocí enseguida; era Becerra.  
 —¿Cómo! ¿El simón era Becerra?  
 —El mismo, llevaba guantes.  
 —Continúa.  
 —Continúa. Se abre una portezuela, y descende recelosamente un individuo envuelto en un hirsuto gabán de pieles y con dos adjetivos á derecha é izquierda, pero sin Vicent Colorado. No dudé, apesar de esto, un sólo momento; era Nuñez de Arce.  
 —¿Cielos! ¿Y después?  
 —Después, embozado en sus propias cejas, apareció, sin Herald que lo anunciara, otro tercer personaje.  
 —¿Canalejas!  
 —Eso dije yo, ¡Canalejas!, y los tres misteriosos exministros se pusieron á hablar en voz baja junto al caballo, que nada decía. Aproximándome á la caja del coche oí algunas palabras sueltas de aquella extraña conversación: «Dictadura... Weyler... Sagasta... Plancha... Partido... Jefatura civil... Canalejas...» Y nada más, porque el caballo, á semejanza de Rocinante en una desventurada ocasión, se puso á relinchar, tal vez al mismo tiempo que Becerra contaba algún brioso lance de su juventud; ello es que terminó la conferencia; el poeta adjetivado y el político cejudo montaron nuevamente en el coche, empuñó las riendas Manolu, y de esta manera terminó la terrible conspiración de las Vistillas.  
 —¿Corro á contárselo á Sagasta!  
 —Pero no me habías prometido el secreto, Calinez?  
 —Si este es un secreto á voces, Gedeón.  
 —Entonces, ¿por qué se reunieron, para que nadie les viese, en las Vistillas?  
 —Genialidades del autor del *Vértigo*.  
 —Bueno pues vete con el cuento á D. Práxedes, y que te rasque la barba. Yo también, antes de ir al Congreso, me daré una vuelta por la Exposición del Círculo de Bellas Artes.  
 —¿Hay algún cuadro notable?  
 —Muchos, pero yo voy principalmente por contemplar uno.  
 —¿Cuál?  
 —El *Competitor*. Pastel.

TRUPTICO

I  
LAMENTACIONES DE D. ANTONIO

(Mensaje gitano)

Dejadme que gima,  
 dejadme que llore,  
 dejadme que os cuente que *embargan* mi alma  
 las cavilaciones.

No habréis olvidado  
 los felices días  
 en que nos lanzamos sobre las carteras  
 con hambre canina.

No habréis olvidado  
 los días risueños,  
 en que hicimos votar las reformas...  
 y los presupuestos.

Apenas hubimos  
 olido la sopa,  
 ya nos encontramos con los insurrectos  
 de manos á boca.

El mal, era grave,  
 difícil la empresa  
 y quisimos curarle al momento  
 con la Panacea.

Mas nada logramos,  
 nada conseguimos...  
 porque á veces también se equivoca  
 el doctor Garrido.

Mandamos á Weyler,  
 trajimos á Campos  
 y la guerra seguía empeñada  
 en el *entretanto*.

Resulta que Weyler  
 es otro Martínez,  
 y á pesar de Arolas y á pesar de Pando  
 hay guerra... en el *interin*.

Yo, al ver estas cosas  
 me muero de pena:  
 Ven acá, Morlesin y con llanto  
 reguemos la Huerta.

Ven noble Barnevo,  
 ven Osmá querido,  
 que estoy débil, y ya ni siquiera  
 pruebo el *codillo*.

No tengo apetito,  
 me faltan las fuerzas...  
 y gracias á que ahora nos prestan su apoyo  
 las grandes potencias.

Con mucho cariño  
 nos miran los *yankees*  
 que allá en Cayo Hueso se muestran de España  
 amigos *leales*.

Y aun Cleveland, dicen  
 que está entusiasmado  
 con nosotros, y más que con nadie  
 con Tom Castellano.

Y aún esperamos  
 mayores venturas,  
 pues contamos con los importantes  
 auxilios de Honduras.

Con gran agasajo  
 el Japon nos trata,  
 que en mi moro cree ver á su mikado  
 y en mí á Yamagata.

En tanto una escuadra  
 flamante armaremos;  
 y ya está preparado Campillo  
 á lanzar torpedos.

Y si á tantos males  
 remedio no hallamos,  
 como unos valientes volveremos grupas:  
 siga otro *tallando*.

Y así satisfecha  
 dejemos á España  
 que se entienda otra vez con D. Práxedes  
 Mateo Sagasta.

II

Himno de Riego, cantado por el propio D. Práxedes

Yo, señores, sus he convocado  
 á tratar la cuestión capital  
 de arreglar las reformas de Cuba...  
 y de que entre la *troupe* liberal.  
 Que la guerra concluya queramos  
 y lo quiere también la nación,  
 mas lo que ésta con ansia nos pide,  
 es que Antonio por fin se *suicide*  
 con lo cual, nuestro triunfo decide  
 y el de Maura, Becerra y Gullón.  
 ¡Cap-de-pón!  
 Pelead, fusionistas valientes,  
 Cos-Ga-yón,  
 ó Vadillo *perezca en la lid*.  
 No hagáis caso de graves cuestiones  
 porque lo que importa es que las elecciones  
 se anulen al punto en Cuba y Madrid.

III

Coro de los doctores silvelistas

San Pedros sapientísimos  
 que me han *latado* bien,  
 afirman que ya Cánovas  
 encuéntrase al caer.  
 Según todos los síntomas  
 que ofrece Morlesin,  
 en un plazo brevísimo  
 al cuerno van á ir (1).  
 Valdosera mustio,  
 el Duque escamado,  
 inquieto Beránger,  
 triste Castellano,  
 y Bosch y Romero  
 muy *encampanados*...  
 Tales signos prueban  
 que esto va muy malo.  
 Pero al mismo tiempo  
 bien pudiera ser...  
 que aún así, no hallemos  
 jamás el poder.  
 Y de esta opinión, nadie  
 nos sacará,  
 ó al fin vendrá don Paco...  
 ó no vendrá (2).

LOS HUÉSPEDES DE GEDEÓN

—Pero ¡cómo!—preguntará el lector suspicaz—  
 ¿Gedeón ha acabado por poner casa de huéspedes?  
 De ningún modo; á nuestro amigo no le ha pasado  
 por las mientes la idea de echarse á «patrón» por-  
 que eso equivaldría á hacerle la competencia á San  
 Isidro, y semejante cosa no se le ocurre más que á  
 Noherlesoom.  
 —¡Ah! vamos—seguirá diciendo el lector precita—

(1) Los conservadores, naturalmente.  
 (2) Al oír esto, el aludido se sonríe con misterio.

do—entonces es que á Gedeón los dedos se le antojan huéspedes.  
—Tampoco es eso, mi querido señor. Quedamos en que ni Gedeón pone casa de huéspedes ni se acuerda de sus dedos más que para cortarse á menudo las uñas, con lo cual demuestra bien claro que no va para concejal, ni mucho menos para senador yankee.

Lo que ocurre es que algunos de los infinitos amigos que Gedeón tiene en las cuarenta y nueve provincias de España han aprovechado los trenes baratos para llegar unos días á Madrid, y una vez en la villa y corte han honrado con sus personas la humilde morada de nuestro ilustre amigo, el cual, con el mayor gozo de su corazón, cumplirá los deberes que la hospitalidad impone, y hasta servirá de guía á sus huéspedes en el caso de que la humedad reinante inutilice otras guías mejores; las guías, verbi gracia, de los bigotes de D. Amós Salvador.

—Por nosotros no tiene usted que incomodarse—han empezado por decir á Gedeón los atentos isidros que le han tocado en suerte—usted tendrá mil ocupaciones y no consentimos que las deje por nosotros. Usted es padre de la patria...

—¡Bah! no hagan ustedes caso; yo soy padre de la patria, es verdad, pero mi hija ya se sabe andar sola.

—¡Ah! ¡sí!  
—Pues ¡ya lo creo! Si la patria no supiera andarse sola no serían clichónes y caídas los que sufriese con unos andadores como los que le pone Cánovas ó una chichonera como la que suele encasquetarle D. Práxedes cuando le llega el turno.

—Bueno, pues de todas maneras, usted, amigo Gedeón, hace su vida ordinaria. Yo creo que no nos perderemos por ahí; únicamente las señoras...

—¡Oh! eso sí; á las señoras hay que acompañarlas sin remedio, porque aunque no es fácil que en Madrid se pierda una señora, sin embargo, como vieran por la calle al ministro de Fomento podrían perderse.

—No insistimos; usted manda con entera franqueza y nosotros obedeceremos con perfecta sumisión.

—Pues ¡ea! ¡á la calle todos!

Y á la calle salió Gedeón rodeado de sus isidros, dispuestos á admirarse de todo, como en efecto, empezaron á admirarse en cuanto Gedeón satisfizo sus primeras dudas y contestó á sus preguntas iniciales.

—¿Quién es ese, Gedeón, ese que pasa en coche?

—D. Práxedes Mateo Sagasta.

—Pues ¡y el tupé?

—Lo lleva recogido; el tupé de D. Práxedes no se ve más que en las Cortes, como la coleta de los toberos no se ve más que en la plaza.

—¿Y ese señor de lentos que pasa también en su coche á todo escape?

—Es el presidente del Consejo.

—¡Caramba! en coche cerrado y con este calor.

—¡Y que ustedes lo digan! Le hace falta una victoria, lo mismo que á nosotros comer, pero la nación española no da á sus ministros más que berlina; berlina siempre y á todo pasto.

Llegó Gedeón con sus amigos á la Puerta del Sol, centro obligado de toda excursión y visiteo por la villa y corte, y allí pudieron apreciar los forasteros cómo los coches y los encuertes obstruyen el cruce por la calle de la Montera, cómo los vendedores ambulantes estorban el paso y aturden los oídos, cómo los descendientes del antiguo «paseante en corte» matan el tiempo y toman el sol en la famosa acera de los cesantes.

—¿Conque esta es la primera adivinanza de Madrid?

—¿Cómo adivinanza?

—Sí; la Puerta del Sol. ¿Dónde está la puerta?

—En ninguna parte; para qué ha de haber puerta si, como ven ustedes, tampoco hay quicio?

Dieron en esto las doce y la bola de Gobernación descendió con gran estrépito y campanilleo.

—¿El sartenero á estas horas?—murmuró un isidro repitiendo la frase de una antigua zarzuela bufa.

—No es el sartenero, sino el artificio del ministerio de la Gobernación, que no otro es el edificio que tienen ustedes en frente.

—¡Ah! vamos; ¡y es allí donde se reciben los anagramas de Cuba?

—Cablegramas, querrá usted decir; y no es allí donde se reciben, sino en el ministerio de Ultramar.

—Pues en ese debía estar la bola.

—Veo que usted, amigo Gedeón—añadió otro de los forasteros—nos trata como perfectos isidros, pues he oído decir que lo primero que á uno le enseñan en la villa y corte es la bola de Gobernación y el relevo de Palacio; ¿por qué no nos ha llevado usted al relevo de Palacio?

—Hemos salido tarde de casa y además es fiesta, que únicamente se celebra de verdad cada dos ó tres años.

—¿Qué nos cuenta usted? ¿no hay relevo todos los días?

—Si que lo hay, pero el verdadero «relevo de Palacio» no se verifica más que cuando hay crisis total.

Isidros y cicerone encamináronse por la calle de Alcalá y se detuvieron á poco ante el primer edificio público que hallaron al paso.

—¡Mirad!—les dijo Gedeón—este es el ministerio de Hacienda.

—¡Buen ministerio!

—Y mala Hacienda, ¿no es verdad?

—No dije tanto, Gedeón, pero esa casa que han levantado ahí enfrente debe de ser para el ministro del ramo.

—Creo que no.

—Pues me extraña, porque ¿no dice el refrán: «Hacienda, tu dueño te vea?»

—Miren ustedes, miren, aquí tienen *La Equitativa*, ¿quieren ustedes asegurarse?

—No, hombre, basta que usted lo diga. Pero allí vemos la bandera norteamericana.

—¿Como que es norteamericano el edificio?

—Pero ¿estamos en el Capitolio ó en la puerta de Toledo?

—No se asusten ustedes; este edificio no es del Gobierno yankee, sino de una sociedad particular, de una sociedad de seguros.

—Entonces, quiere decir que estamos seguros todavía.

—Así parece.

—Y ¿trabaja mucho esta Sociedad?

—Ya lo creo, ¡á prima fija!

—Pues casi lo mismo trabaja el Gobierno de Washington.

—¿Sí?

—Sí, á primo fijo.

—Bueno—repuso Gedeón—pues ya hemos visto *La Equitativa*, conque ¿por qué calle quieren ustedes que echemos ahora? ¿por la de Sevilla? ¿por la de Peligros?

—Yo echaría por la calle de enmedio.

—Sigamos entonces por la de Alcalá.

En la esquina del ministerio de la Guerra aprovechó Gedeón la admiración de sus huéspedes para decirles:

—¿Eh? esto sí que es plaza, ¡la plaza de Madrid! A un lado el Banco, al otro el ministerio de la Guerra, y enmedio la Cibeles; ¿qué les parece?

—Que no son malas alforjas las de la Cibeles. De la una sale el dinero para Cuba, de la otra salen los soldados, ¿verdad?

—Así es, en efecto; si quieren que entremos nos enterarán de las acciones.

—¿Del ejército?

—No; de las acciones del Banco.

—Yo preferiría ver las reservas.

—Entonces, aquí, veremos si Azcárraga quiere recibirnos.

—Mucho me alegraría, porque así le preguntáramos si es verdad que regresa Weyler.

—¿Ya lo creo que es verdad! Todo el mundo lo sabe.

—¿Caramba! ¿y por qué volverá D. Valeriano? ¿Si será porque á la vuelta lo venden tinto?

—No debe de ser por eso, porque ahora como lo venden es Blanco.

Con esto, y viendo que era ya muy tarde, dió por terminada nuestro ilustre amigo la excursión matinal, tomando un par de coches de punto que en un santiamén llevaron á los isidros á casa de Gedeón, después de atropellar felizmente á otros isidros de á pie.

En el comedor aguardaban ya los manteles puestos, los platos repartidos y el Sr. Palou dentro de la sopera.

\*\*\*\*\* **Armas al hombro** \*\*\*\*\*

*Ecos de la traslación de los restos de Zorrilla.*  
Viendo en el Campo Grande de Valladolid á Feliu y Codina, todos comprendían el por qué del nombre del paseo, pero algunos se preguntaban:

¿Y Feliu y Codina, qué representación ha traído? La representación de *Maria del Carmen*.

\*\*\*

El Sr. Ferrari cogió un reuma articular agudo. Estuvo cuatro días leyendo: «En el arroyo.»

A pesar de esto no se le despintó la cara de ninguno de sus paisanos.

\*\*\*

El Sr. Jurado de la Parra leyó, admirablemente por cierto, la salmodia del insigne Zorrilla.

Parecía que era éste mismo el que leía sus versos. Tan perfectamente imitaba el Sr. Jurado los tonos é inflexiones de su voz.

Todos los oyentes aplaudían con entusiasmo. Sólo uno de ellos lloraba.

Nuestro amigo Arimón, representante de la viuda del insigne poeta.

\*\*\*

El Sr. Colorado (D. Vicente) rezó en el teatro de Calderón un *Padre Nuestro* por el alma del gran cantor nacional.

Y una vez en el amén, se dirigió al público, y dijo: —Y ahora ¿á quién enterramos?

Parece que está ya en candidatura para la Capitania general de Cuba, el general Blanco.

¿Que van á decir los Estados Unidos? ¡Ellos, que precisamente se pirran por los generales negros!

Aconsejamos al Gobierno que no afronte este

nuevo *casus belli* con nuestros «leales amigos» los yankees.

Aunque, después de todo, más en blanco de lo que nos vamos quedando...

De un folletín nocturno:  
«Saíd, conmovido, fijó una mirada vaga en su joven señora.»

Pues si la mirada era vaga, ¿cómo la pudo fijar? Vamos, sería una mirada como las de D. Francisco Silvela, que sería capaz de matar un toro con el filo de una nebulosa, al decir de uno de sus amigos, hombre de imaginación fecunda.

«Pero sigamos con el folletín:  
«La princesa (esta princesa es la joven señora de antes) se interrumpió; mas la sonrisa no se dejó ver en sus labios; inclinó su frente pensativa sobre el pecho; una lágrima asomó por sus largas pestañas, y prosiguió con quebrantada voz!...»

Si alguna cosa hay que regocija á Gedeón, es una princesa de las que se interrumpen, como si fuesen corrientes eléctricas; una princesa de las que inclinan su frente sobre el pecho (¡buen pecho ó buena frente ó buenas entrambas cosas!), y, en fin, de las que tienen voz en las lágrimas, al revés de aquellas lágrimas en la voz que pedía el músico.

Si no fuera por los folletines, ¿cómo íbamos á poder soportar las amarguras de *El Tiempo*?

Regreso importante:  
«En el expreso de Andalucía llegó esta mañana, procedente de Marmolejo, el Sr. Silvela (D. Francisco).»

Para que le tosan á D. Paco.  
Aún no han pensado los conservadores en ir á baños.

Y ya está el de vuelta.

Rectificación:  
«No es exacto que, como telegrafían algunos corresponsales de los Estados Unidos, el gobierno americano se oponga á que se castigue con toda la severidad de la ley al súbdito de su nación aprehendido en el *Competitor*.»

Lo mismo que Bertoldo.  
Él no se opone á que lo ahorquen.

Lo único que quiere es elegir el árbol.

Anuncio de una función en el teatro de Novedades:  
«Concierto por el Orfeón gallego.—Los salmantinos españoles (!).—Baile por los niños sevillanos.»

Vamos: ya le ha llegado su hora al Sr. Feliu y Codina. Porque si esto no es la *región en el teatro*, que venga Ramón Guerrero y lo vea.

Ahí, ahí es donde puede y debe el afamado y jaleado dramaturgo poner en práctica sus teorías.

¿Qué bien resultaría allí en Novedades, eso que se trae ahora el Sr. Feliu de la Alpujarra, y que tanto puede ser el suspiro del moro como un jamón de Trévelez!

Entre un *alalá*, unas pataitas de los niños sevillanos y no sabemos si unos chorizos de Salamanca, bien pueden caber los embutidos regionales del maestro Feliu.

Ya lo dijo éste: *hacer región es hacer patria*.  
Y hasta hacer... la digestión.

Telegrama de Barcelona:  
«Coméntase mucho en estos círculos políticos el nombramiento de senador vitalicio á favor de don José María Planas y Casals, cuando creían lo sería el hermano del elegido D. Manuel, quien en la actualidad desempeña la jefatura del partido conservador de esta provincia, y al cual se lo había ofrecido hace tiempo el Sr. Cánovas.»

Pues hay que cumplir la palabra sin deshacer lo hecho.

Para lo cual basta extender la credencial á nombre de los Sres. «Planas y Casals, hermanos.»

Si tienen razón hay que dársela.  
La razón social, se entiende.

Dice un colega:  
«Es de presumir que uno de los primeros debates que se iniciarán en el Senado, una vez constituido éste, será el relacionado con la cuestión de Cuba y en el que indudablemente harán uso de la palabra los generales Martínez Campos, Calleja y Pando.»

Yo creo que deben aguardarse hasta que se discutan los presupuestos.

Porque entonces se hablará de los generales.  
Y de los parciales.

Otra vez el bandolerismo:  
«En las cercanías de Granada se ha presentado una compañía de ladrones.»

¡Digo!  
Y donde digo digo no digo digo, sino que digo Diego Corrientes.

Imprenta de J. Corrales, calle del Tesoro, núm. 40.

# MANTILLAS EN EL CONGRESO



## CÓMO VAN A JURAR los padres de la patria

- D. Antonio Cánovas.—¡Cebolla!  
D. Práxedes M. Sagasta.—Por el Evangelio de San Mateo.  
D. Francisco Silvela.—Por la cruz de la florentina.  
Gálvez Holguín.—Por su honor.  
Linares Rivas.—De rodillas y á tus piés.  
Bosch y Fustegueras.—Por el Nuevo Testamento de Cánovas.  
Gamazo.—Por la parábola del sembrador.  
Osma.—Por la Huerta de Getsemani.  
Nocedal y Benaplata.—Por el alma de sus electores (q. e. p. d.)  
Los Morlesines.—Por los hermanos Macabeos.  
Los Diputados reformistas.—Por todo lo que hay que jurar.  
Juan José Herranz.—Juro, juro, *pater nunquam componere carmina*.  
Pablo Cruz.—Por su apellido notorio.  
Valdeiglesias.—Por parte del suyo.  
El marqués de Lema.—Por cruces... telefónicas.  
Peña Ramiro.—Después de jurar cuanto quiera se hará conducir por los guardias al Abanico y allí estará una quingena para dar ejemplo.  
Romanones.—Por el pie de Cristo.  
Castellano.—No jurará en falso, pero sí en falsete.  
Céspedes y Lapresilla.—Por la cruz de San Andrés que D. Ferrerico Ortiz les prestará bajándola del rótulo del Bazar X.  
El general Borbén.—Por la misa de su abuelo Enrique IV.  
Rubaudonadeu.—Más vale que no jure.  
Liniers.—Jurará en Santa Gadea.  
El duque de Almodóvar.—Por sus propios botines.  
El vizconde de Irueste.—Por Morlesin.  
Llorens.—Por el *detente*, bala.  
Aguilera.—Poniendo la mano en la veleta de San Francisco el Grande.  
El Sr. Botella.—¡Hasta verte, Jesús mío!  
El Sr. Chavarri.—Con la mano en el bolsillo.  
El marqués de la Vega de Armijo.—Por la campanilla de los apuros.  
El Sr. Barroso.—No sé sabe si por San Isidro ó por Noherlesoom.  
D. Bernardo Sagasta.—Por la Santa Hermandad.  
Recio de Ipola.—Alborotando.  
Mantea.—Derritiéndose.  
Conde y Luque.—Repetirá el juramento de San Rafael.  
El Sr. Espada.—Tendrá que jurar desnudo.  
Torres Cortina.—Corrido.  
Merino.—Un juramento de padre político y muy señor mío.  
D. Segismundo Moret.—Éste no jurará el cargo, sino el descargo.  
Barrio y Mier.—Conteniéndose en su segundo apellido.  
Cos Gayón.—Por todos los presentes.  
Villaverde.—Por todos los ausentes.  
Rodríguez San Pedro.—Por el Evangelio del domingo de Ramos, que es el más largo.  
El Sr. Abril.—Por el mes pasado.  
González Fiori.—Jurará con la izquierda.

¿Cómo quieres que no vaya con mi mantilla al Congreso, si en mantillas veo á todos, los diputados cuneros?

## A LA ROMERÍA



El verdadero Romero, preparándose á dar la primera pitada

## NUEVO DICCIONARIO de la Real Academia Gedeónica

(No confundirla con la de enfrente.)  
(Continuación.)

- ALTRAMOR.—De eso quien entiende es el ministro de Hacienda.  
ALTURA.—Lo que se atribuye á todos los ministerios que hacen fiasco y á todos los dramaturgos silbados.  
ALUBIA.—El *foie gras* ¡ay! de los silvelistas.  
ALUCINACIÓN.—Suelen padecerla los que escuchan á Labra y le hacen caso, cosa que ya no ocurre más que en provincias.  
ALUD.—Feliú y Codina.  
ALUDIR.—Recurso oratorio que todavía da resultado en el Congreso. Algunos oradores (v. g., el señor Romero Robledo) no conocen otro.  
ALUMBRADO.—Secta herética que cuenta muchos prosélitos entre algunos autores *destartalados*, y no vale señalar.  
ALUMNO.—De la facultad de Derecho, dicen que lo fué el Sr. Valdósera; de la de Farmacia, el Sr. Fábí, y de la de Letras, el Sr. Castelar... pero ya no se les conoce nada. || *Alumno de las mesas*: también dicen que lo es el Sr. Jurado de la Parra, pero debe de haberse quedado para Septiembre ó para cuando volvamos á exhumar á Zorrilla.  
ALUVIÓN.—Procedimiento para formar partidos intermedios y disidencias *temporales* á que es muy aficionado el Sr. Romero Robledo. Lo aprendió de don Práxedes.  
ALZACUELLO.—Ya debiera decidirse á usarlo el Conde de Canga-Argüelles; pero ¡qué dirían las abonadas de Parish?  
ALZAR... el gallo: veremos quien se atreve. || *Alzarse con los fondos*: ya lo hemos visto y no hacemos caso.  
ALLANAR.—Lo que más necesita hacer el Sr. Cánovas. Para ello ha de valerse de algunos *pisones*, que no serán de la Epístola, sino de la mayoría. ¡*Risum teneatis!*  
ALLEGADIZO.—Mochales.  
ALLEGADO.—Osma.  
AMA.—Conocemos varias. || *De cria*: papel que está haciendo Cos-Gayón con los pequeños ministeriales. || *Seca*: ya saben ustedes que las mejores son de tierra de Campos. || *De llaves*: de la nación, el Sr. Heverter. || *Ama sois, ama, mientras el niño mama, desde que no mama, ni ama ni nada*: refrán que cita en su Diccionario la Real Academia y que aplica á Cánovas el Sr. Bosch. || *El ama brava es llave de su casa*: refrán de doña María Guerrero, la Brava.  
AMABILIDAD.—Sinónimo de política, para Sagasta.  
AMAESTRAR.—Lo que es preciso hacer con los neófitos, amigo Morlesin.  
AMAGAR... y no dar: juego de muchachos y de silvelistas.  
AMALGAMA.—Unión ó mezcla de cosas de naturaleza contrarias, v. g., la de Gamazo y Puigcerver. Así s: le ello.  
AMANECER.—Lo es precioso el joven Boreas.  
AMANERADO.—Todos los actores españoles... y casi todos los autores, que es lo peor.